



EVA NOROÑA

MUERTE

DENTRO

DE LA

MURALLA

SANTA

ediciones**carena**

EVA NOROÑA

MUERTE DENTRO
DE LA MURALLA SANTA

A mi madre. In memoriam.

Agradecimientos

A mis editores, José Membrive y Jesús Martínez, por su apoyo
y creer en mí.

A los librerías y lectores que me acompañan hasta hoy.

Para orientar al lector, esta novela está inspirada en la magia de la imaginación, atravesando en su corriente el universo de nuestra existencia. Por lo mismo, si en la descripción de lugares, calles o edificios encuentran alguna diferencia con la realidad, les presento mis disculpas desde la pulsante ciudad de Zúrich. La historia está narrada dentro del tiempo que lo cambia todo, y con personajes que se trasladan a ciudades o países en los que no han nacido.

Capítulo 1

Las manecillas del reloj marcaban las dos y media de la madrugada del 6 de octubre de 2003. Un agudo grito que provenía de lo más profundo de su interior la arrebató del sueño. Se acurrucó aprisionando la cabeza entre las manos. Isabel casi podía ver a Cornelius, a su lado, llamándola dentro de esa habitación gris y verde que se empequeñecía cada vez más. Trataba de ordenar las imágenes perturbadoras en su cabeza y darle cierta lógica a la historia de Cornelius. No, no era miedo, era pánico absoluto. Pasados unos minutos se levantó y se percató de que su ropa estaba empapada de un sudor ácido y frío. Se paró frente al espejo recostado contra la pared, se desnudó y observó su maltratado cuerpo. Sintió náuseas. Luego se dirigió a la ducha y se frotó con fuerza todo el cuerpo para borrar aquel corrosivo olor. El frío se filtraba por los muros de la casona. Los dientes le castañeteaban. Regresó a la habitación y se roció con agua de colonia de manzana todo el cuerpo hasta convencerse de que el olor a Cornelius había desaparecido. Se acostó de nuevo dejándose caer lentamente en la cama. Durante un largo instante escuchó el silencio dentro de la Casa Verde. De pronto, golpeó con el puño la pared de madera, que crujió ante la fuerza de su mano antes amorosa y, en un esfuerzo fallido de sosegar

sus sentimientos, dejó salir un desgarrador gemido, aquel que seguramente hubiese querido oír Cornelius esa noche.

— ¡Desgraciado!

Ahí, encogida, lloró hasta que su llanto se convirtió en una respiración interrumpida.

Creía que su vida se había quedado suspendida en aquella noche.

Capítulo 2

Cornelius llegó a las tres de la tarde a la ciudad de Rapperswil a orillas del lago de Zúrich, conocida como Ciudad de las Rosas por estar repleta de ellas sus calles y parques. Se encaminó hacia el pequeño puerto para buscar un lugar donde reposar. Encontró un banco a la sombra junto al lago. Descargó su mochila sobre el banco tras treinta y dos kilómetros a pie. Con la manga de la camisa se secó el sudor que se deslizaba por sus sienes. La ropa húmeda se le pegaba al cuerpo. Tomó la cantimplora de la mochila, se enjuagó la boca, bebió deprisa y tras acabarla la rellenó en la fuente. Sacó de su pantalón una canica roja, un paquete con picadura de tabaco y un librito de papel de fumar. Con destreza lio un cigarrillo, lo encendió y le dio una profunda calada. De pie, con las piernas abiertas, contempló los muros grises de piedra tosca y los tejados rojos del monasterio y del castillo. Al fondo, tres torres se levantaban como guardianes rodeados de agua protegiendo la ciudad.

«Veamos si Dios me acepta vivir en su casa», pensó. Lanzó la colilla y la apagó con su orina. Se colocó la mochila a la espalda y la ciñó a su cuerpo. Apretó la canica roja en su puño. Rodeó el monasterio hasta llegar a un antiguo portón e hizo sonar la campana. Al instante, una ventanilla se abrió y unos ojos vidriosos se asomaron.

—Buenas tardes, soy Cornelius. El hermano Jonathan me espera.

—¿Disculpe? Por favor, hable más alto. A mi edad la sordera es un problema —respondió una voz quebradiza.

—El hermano Jonathan me está esperando. Soy Cornelius —repitió alzando la voz.

—Aguarde un instante —musitó antes de desaparecer cerrando la ventanilla.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y un hombre encorvado dentro de un hábito que rozaba el suelo le hizo una señal con la mano para que lo siguiera.

—El hermano Jonathan está ocupado, no obstante, me ha pedido que le muestre su aposento y le informe de nuestros horarios. Le aguardará en su oficina dentro de una hora. El desayuno es a las siete en punto, la comida, a las doce en punto y la cena, a las seis en punto — sacó un pañuelo, se limpió los ojos y continuó—. La ducha está al fondo del pasillo, el comedor en la planta baja y en el segundo piso encontrará las oficinas del hermano Jonathan, Anton y Violette, la administradora del monasterio. No se permite fumar ni en las habitaciones ni en el comedor ni en los pasillos. Soy el hermano Linus, el de más edad en la orden —añadió y sus ojos vidriosos se fijaron en los de Cornelius.

—¿Cuántos hermanos viven en el monasterio?

—¿Cuántos qué, perdone?

—¿Cuántos hermanos viven en el monasterio? —reiteró en voz alta Cornelius.

—La semana pasada murió el hermano Bartolomé, ahora somos veintidós en el monasterio, sin contar a los peregrinos o huéspedes que, algunos, sólo esperan que se les abra una puerta.

—¿Qué quiere decir que esperan a que se les abra una puerta?

—Acompáñeme, por favor. Por aquí pasan algunos que viven en la oscuridad. Lamentablemente, en varias ocasiones, he sido testigo de una desmedida violencia.

—¿Cómo descubre a esas malvadas almas? —quiso indagar Cornelius con cierta ironía mientras avanzaban por un largo y sombrío pasillo.

—Los ojos son el espejo del alma —aseveró con cierta reserva alzando el rostro—. Ahora lo dejo solo para que se instale y descanse —ordenó y buscó la mirada de Cornelius, que no dudó en devolverle una fría y penetrante.

Linus bajó la vista y salió de la habitación 601 con paso lento y cansado.

Con orden militar colocó sus prendas en la mesita de madera. Cornelius se descalzó y puso las botas fuera de su habitación. Se dirigió a las duchas. Mientras se fumaba un cigarrillo todavía desnudo, observó a algunos de los pálidos huéspedes que deambulaban por los jardines del claustro con miradas tristes. «¡Pobres diablos! ¡Hipócritas! La idea de vivir se les convierte en un verdadero calvario», pensó, dejando escapar una sonrisa burlona. Miró su reloj: casi había transcurrido una hora.

El hermano Jonathan ya lo estaba esperando en su dependencia sentado frente a su ordenador y balbuciendo lo que escribía. Las paredes estaban tapizadas de libros cuidadosamente ordenados. Detrás de su escritorio destacaba una cruz de madera.

Cornelius llegó puntual, apenas había rozado la puerta con los nudillos cuando la voz del hermano Jonathan lo invitó a entrar.

—¡Bienvenido! —exclamó nervioso el hermano y se secó en el pantalón el sudor de las manos—. Te he estado esperando todo el día. ¿Cuántos kilómetros has caminado hoy?

—Treinta y dos que siento en las rodillas.

—Tienes un buen bronceado —dijo el hermano mientras encendía la vela que estaba sobre la mesita.

—El sol me ha quemado la piel, pero no me quejo, me gusta lo que hago.

Se sentaron. Los ojos del hermano examinaron al peregrino con rapidez, luego, por un instante, sus ojos nerviosos se posaron en el dorado rostro de Cornelius, como si se estuviera perdiendo en un recuerdo.

—Necesito descansar —dijo Cornelius.

—Tienes dos semanas para recuperarte. Descansa, los ejercicios espirituales no son fáciles. Son como ascender y descender montañas —le advirtió el hermano.

—La verdad es que no entiendo cómo se puede vivir en un lugar como este durante tanto tiempo. ¿Cómo puedes soportar ver a estas caras compungidas y escuchar lamentos? Debes de ser un masoquista —le reprochó Cornelius con ironía.

—A todo se acostumbra uno con el tiempo. Además, ya sabes, todos tenemos nuestra válvula de escape —le recordó el hermano.

—¿Cuál es la tuya? —indagó Cornelius.

—¿Tienes una Biblia? —esquivó la pregunta.

—Tengo la novela policíaca que me regalaste cuando nos conocimos en aquel bar de Múnich.

—¿Qué fue lo que acordamos? Tenemos que evitar cualquier rumor —apuntó el hermano.

—¿Y qué contesto a la pregunta de dónde nos conocimos? —le retó Cornelius.

—Me contaste tu situación y tu deseo de hacer los ejercicios espirituales en Rapperswil y punto, no hay más explicaciones. Toma prestada una Biblia de la biblioteca.

—Primero voy a descansar, el viaje ha sido muy largo —objetó Cornelius.

—Después de la cena. Una de las cosas que tienes que aprender aquí es la obediencia —advirtió con una voz más severa de lo que pretendía.

—¿A quién tengo que obedecer? —replicó Cornelius con una mirada desafiante.

—A mí y al hermano Anton —contestó el hermano.

—¿Así, sin más?

El hermano lo miró de tal manera que Cornelius temió que le pudiera leer el pensamiento.

—Hay un par de huéspedes que te ayudarán a organizarte: Nicola Zanetti e Isabel Etzaitz. Viven en la Casa Verde, la casona de madera que está en el bosque. Los demás vivimos en los diferentes pabellones del monasterio. Da una vuelta por el monasterio y los jardines. La nave central de la iglesia y la capilla de los vitrales son preciosas. Los corredores conducen a unos rincones secretos, algunos se pierden entre ellos, otros, se pierden en la vida. ¿Cornelius? Parece como si estuvieras ausente —dijo el hermano.

—Te escucho, sólo que me pareció notar que en tu fuero interno están luchando dos fuerzas y, si es así, vas a tener que suplicar a tu Dios que no te deje caer en la tentación —desafió Cornelius y se quedó en silencio unos segundos intentando evaluar el efecto de sus palabras en él.

El hermano permaneció inmóvil, aunque, su rostro irradiaba cierto gozo que toda aventura contiene al principio de ser vivida.

—A Estonia no puedes regresar... —le recordó el hermano.

—Siempre se puede entrar y salir de un país, y si quisiera, incluso, podría obtener un buen puesto en el gobierno o en una empresa de inteligencia artificial en el extranjero.

El hermano se removió molesto en su silla. Después, los dos hombres se pusieron en pie despidiéndose con un apretón de

manos. Cornelius salió de la oficina. Caminó por los corredores, abrió la puerta de la capilla de los vitrales y asomó la cabeza, la cerró, se dirigió al jardín y se sentó en un banco cerca de unos huéspedes que hacían un descanso. En su rostro se podía observar el desprecio que sentía por lo que estaba viendo.

Capítulo 3

Hora de la cena. En el lúgubre comedor azul, Isabel estaba sacando unos platos y cubiertos de un mueble, cuando sintió la presencia de alguien. Inmediatamente, dirigió la mirada hacia la puerta y vio a un hombre que la observaba.

—¿Te has perdido?

—No, estoy en el comedor azul —respondió Cornelius sin dudar.

Isabel, perpleja, examinó esa figura sin poder reaccionar durante unos segundos. Sus miradas quedaron ancladas en un silencio confuso. Un silencio que puede unir o dividir, como cuando dos conocidos se reencuentran tras un largo viaje. Después de un instante, Isabel logró preguntar:

—¿Eres el peregrino de Estonia?

—Sí, me llamo Cornelius. El hermano Jonathan me ha comentado que aquí encontraría a todos.

—Has encontrado a la primera, soy Isabel, huésped de estancia prolongada. Aquí todos nos tuteamos. El hermano Jonathan nos ha dicho que recorres el globo a pie. ¡Vaya, qué vigor y qué piernas debes de tener! —bromeó y le sonrió—. ¿Has vivido alguna vez en una comunidad cristiana?

—He pasado por algunos monasterios. Me quedaré aquí un

tiempo y haré los ejercicios espirituales —contestó Cornelius, devolviéndole la sonrisa.

—No sé cómo funcionarán los otros, pero aquí todos ayudamos. El primero pone la mesa, el segundo trae la comida de la cocina y así sucesivamente. Hoy no te toca hacer nada por ser nuevo. En un par de días ya conocerás el funcionamiento.

—¿Vas a cenar hoy aquí, Isabel? —interrumpió la voz aguda de una mujer alta y esquelética.

—¡Ah, pero si eres tú! —dijo fingiendo sorpresa—. Te presento a Violette Renaud, una de las más veteranas. Violette, mejor explícale tú quién eres.

Cornelius sonrió. Isabel acomodó el florero sobre la mesa.

—¿Eres el peregrino que camina miles de kilómetros? Yo soy la administradora del monasterio y un objeto más del inventario —se presentó Violette tendiéndole la mano.

—¿Por qué te describes como parte del inventario? —preguntó Cornelius.

—Aquí sólo puedes ser monje, parte del inventario o un alma en pena —comentó Violette.

—Violette quiere decir que es un triste mueble, ¿vas a la cocina a buscar la cena? —confirió Isabel.

—¿Quién eres tú para mandarme? —repuso molesta y frunció el ceño.

—¿Por qué te enfadas? Has entrado la segunda. Según las reglas, la segunda va a la cocina. ¿No fue la administradora quien se las inventó? —argumentó Isabel y la miró fijamente.

El hermano Linus atravesó el salón con su paso cansado. Se sentó en una de las sillas formadas en una pared y se quedó observando. Isabel se acercó a él y le murmuró al oído:

—Que Dios me perdone, pero no la aguanto.

El hermano Linus sonrió con cierta picardía y le tomó la mano para también murmurarle al oído:

—El peregrino es peor.

Isabel se quedó mirando a Linus con asombro.

—¿Cuál es mi sitio? —preguntó Cornelius.

—¡Ahí no! Nunca presidiendo la mesa porque dicen que los que lo hacen, nunca se casan. Déjame ese lugar, yo ya lo estuve —afirmó Isabel—. Escoge tu sitio, no nos sentamos hasta que llegue el hermano Anton para rezar.

—Me siento en el otro extremo de la mesa —repuso Cornelius.

—¿No quieres casarte o ya lo estuviste? —preguntó Violette con curiosidad.

—Las dos cosas —dijo Cornelius mientras sus ojos seguían los movimientos de Isabel.

—Violette, no te ha tocado presidir, te escuchamos, ¿con quién te quieres casar? —sonsacó Isabel con ironía sin mirarla.

La puerta se abrió nuevamente y entró un hombre con el pelo teñido de rubio platino y unas gafas redondas de color rojo.

—¡Yo traeré la cena! Me toca a mí, por llegar tarde —interrumpió Nicola Zanetti.

—Ya está aquí el que siempre llega tarde —dijo Violette.

Nicola se dirigió hacia la cocina. Transcurridos unos minutos regresó con un carrito en el que transportaba la cena y después tomó asiento.

—¿Te detuvieron tus amantes? —preguntó Violette con un deje irónico.

—Las despedidas son siempre difíciles.

—¿Cómo están? —preguntó Violette y cambió su actitud distante por una cortesía que excedía todos los términos naturales, una bien entrenada.

—Los dos están bien. Simplemente me presionan para que vuelva a casa otra vez —explicó Nicola mirando a Cornelius y, tras unos segundos, continuó—. Y tú supongo que eres el peregrino del que tanto habla el hermano Jonathan.

—¿Vives en un triunvirato? —preguntó Cornelius con curiosidad.

Nicola se ajustó las gafas que por el aumento le agrandaban los ojos azules ya de por sí grandes.

—Con un hombre y una mujer, pero no es algo que suela contar —contestó Nicola y le guiñó un ojo.

—Lo bueno es que podemos elegir con quién vivir —afirmó Isabel con una leve sonrisa.

—¡Qué dices, Nicola! Contarte un secreto es como escribir un artículo en el periódico —replicó Violette y lo miró con cierto desprecio.

—¿Qué ha contado el hermano Jonathan sobre mí? ¿O qué es lo que todavía no saben de mí? —quiso saber Cornelius.

—Sabemos que pasarás un tiempo en el monasterio, que has recorrido a pie miles de kilómetros y ahora sabemos que eres rubio y atractivo. Disculpa la indiscreción, ¿qué habitación te han dado? —preguntó Nicola con una sonrisa pícaro.

—Nicola, interrógale mañana que vas muy rápido—dijo Isabel riéndose.

—En la 601 con vistas al jardín —contestó Cornelius.

—La 601 tiene calefacción y está destinada a los huéspedes especiales —apuntó Nicola con una sonrisa—. Isabel y yo vivimos en la Casa Verde, está escondida en el bosque. Si caminas por la vereda principal, la verás antes de llegar a los viñedos. Puedes recorrer la zona mañana. No tenemos calefacción, pero sí un poco más de libertad, ¿cierto, Isabel?

—Nicola es heredero único de la fortuna de una familia industrial del cantón del Tesino y está aquí para olvidarse de los placeres terrenales —explicó Isabel.

—Y de mi negocio. No te olvides de mi negocio —apostilló Nicola.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Cornelius.

—Importo y vendo textiles —respondió evitando los detalles —, pero regresando al tema de la Casa Verde no entiendo por qué te molesta que tenga cierto confort.

—Promocionas la Casa Verde como si todos gozáramos de lo que tú tienes: baño, ducha, frigorífico y radio. Además, estás exento de limpiar la escalera, ¿he olvidado mencionar algo?

—Que el cocinero me guarda una ración de postre para mi café de la tarde —le recordó Nicola.

—Y es miedoso —agregó Isabel.

—¿Qué soy qué?

—Mañana, tarde y noche se queja de que la puerta principal de la Casa Verde no tiene cerrojo. Una madrugada me despertó y me pidió que bajara para controlar que nadie hubiera entrado en la casona.

—¡Por supuesto que me quejo! Querida, primero hay que explicar a Cornelius que la puerta principal de la Casa Verde está siempre abierta, ¿no te daría miedo, Cornelius? —respondió Nicola un poco agitado.

—¿Miedo? No lo conozco —afirmó Cornelius con desdén.

Inmediatamente, el hermano Linus clavó su mirada en Cornelius.

—¿No conoces el miedo? —preguntó Nicola asombrado.

—No, tampoco recuerdo haberlo sentido nunca. El ejército te cambia mucho.

—¿Estuviste en el ejército? —preguntó con curiosidad Isabel.

—Seis años en la Legión extranjera y dos en Asia, en un cuerpo de élite.

—Yo no hice el servicio militar —interrumpió Nicola— ¿No te gustaría cambiar tu habitación por una de la Casa Verde? Contigo sí que compartiría la ducha.

—Nicola, Cornelius no ha venido al monasterio ni en busca de amoríos ni a satisfacer curiosidades ajenas, sino para cumplir

una misión. Déjalo en la habitación 601—le corrigió Violette molesta.

—¿Y tú sabes de qué misión se trata? — preguntó Isabel y la miró a los ojos.

—No, pero me imagino que su interés es otro —rebatía Violette humedeciéndose los labios.

—¿Y si eres tú la que se enamora de Cornelius? —le dijo sin piedad.

Violette la miró con desprecio.

—¡Oh! Cuidado, ahí viene — dijo Nicola.

En ese momento un hombre delgado con labios finos y ojos negros como dos pozos profundos atravesó el lúgubre comedor e, inmediatamente, el ambiente se tensó. Todos bajaron sus miradas y rezaron. Después de guardar un minuto de silencio se sentaron. Violette hizo un espacio para que el hermano Anton se situara junto a ella.

—Buenas noches, soy el hermano Anton. Sé por mi hermano Jonathan que pasarás un tiempo con nosotros. ¿Te han instruido ya los del grupo?

—En eso estábamos cuando llegaste —respondió bruscamente el hermano Linus con una sonrisa.

Los ojos negros del hermano Anton miraron a Cornelius con atención. Violette se levantó y colocó una cesta de pan para el hermano Anton. Luego le sirvió un plato de sopa. El hermano Linus observaba a Violette y a su hermano Anton.

—Entonces, tú eres el peregrino —dijo el hermano Anton—. Nuestro grupo cambia cada cierto tiempo, pueden ser semanas o meses. A las cuatro y veinte de la tarde se celebra la misa todos los días. Las horas de oración empiezan a las ocho de la noche, pero si buscas estar solo, hay varias celdas individuales y dos para grupos donde se puede orar a cualquier hora. A las once de

la noche todo tendría que estar apagado y en silencio, aunque, naturalmente, puede haber excepciones.

La risa penetrante del hermano Anton era muy alta en su tono.

—Me agradan las excepciones —dijo Cornelius en tono grave.

—He escuchado que eres de Estonia —dijo el hermano Anton.

— Sí, nací en Tallin, soy capitalino.

—Desafortunadamente, no conozco Estonia, pero sé que es un país interesante por su historia y su política. ¿Dónde aprendiste alemán?

—Viví dos años en Alemania después de terminar la universidad.

—Hablas un alemán excelente.

— Se me dan bien los idiomas.

—¿Hablas otros además del alemán?

—Inglés, francés y latín.

Esa noche, Cornelius estaba siendo el centro de atención y sus historias estimulaban más y más la curiosidad de todos.

—¡Qué envidia! —exclamó Nicola—. Gozas de esa libertad que muchos anhelamos.

—Yo no os envidio —afirmó Cornelius.

Isabel notó que Violette había permanecido en silencio durante toda la cena. No parecía la mujer que lanzaba insinuaciones cargadas de veneno. Si la administradora resultaba un arpón en el hígado, la mujer que veía no destacaba por nada, más que por su actitud sumisa ante el hermano Anton. De repente, Violette levantó la mirada y la fijó en la de Isabel. Se quedaron en silencio como si una hubiera descubierto algo sobre la otra y la otra no mostrara resistencia.

A ojos de Isabel, el hermano Anton cargaba con algún odio que no le brindaba ni tiempo libre ni paz alguna. «¿Odiará a la

mujeres?» ¿Qué es eso tan oscuro en su vida que disfraza con esa intensa risa?», pensó Isabel y sintió un nudo en la garganta.

—¿En qué piensas, Isabel? —preguntó el hermano Anton y la línea de sus labios desapareció para mostrar unos dientes amarillentos y grandes.

Isabel se quedó callada unos segundos, observándole. El hermano notó su asombro. Violette se quedó expectante.

—Estoy cansada, creo que será mejor que vaya a dormir —contestó por decir algo.

Era el principio de la primavera. Isabel había cumplido treinta y nueve años y hacía un año que vivía en el monasterio. Había agotado todos sus ahorros en abogados para defenderse de un marido violento y para comprarle a su madre una casa en España. Una casa que nunca existió, ya que el constructor desapareció de la noche a la mañana. A cambio de poco dinero, el hermano Jonathan le había ofrecido una habitación en el monasterio y tres comidas. Trabajaba en una boutique que le permitía cubrir sus gastos. El vínculo entre Isabel y el hermano Jonathan se alimentaba de la confianza que ambos estrechaban día a día. Los rezos y el humor negro de ambos la habían ayudado a sobrellevar muchos momentos de dolor. Ella sabía que su alegría natural regresaría algún día, pero eso no iba a suceder en el monasterio donde los resultados de sus experiencias eran para algunos hermanos y huéspedes una constante afrenta, como si ella personificara la alegría, tristeza, calma, furia, amor, pasión, vida y muerte.

A la mañana siguiente durante el desayuno, las preguntas sobre los viajes de Cornelius continuaron. Isabel lo escuchaba confusa por la actitud e historias de Cornelius. «¿Cómo supo el hermano Jonathan que este legionario era creyente?», pensó. Sin embargo, también, se sentía atraída hacia el legionario, peregrino o lo que

fuera. De pronto sintió la mirada de Cornelius y se avergonzó. Violette apareció tarde esa mañana y se sentó junto a él.

—Aquí viene la que siempre llega puntual —dijo Isabel, intentando fastidiarla.

—¿Has pasado buena noche, Cornelius? —preguntó Violette sin mirar a Isabel.

—Excelente —contestó Cornelius.

—Bueno, yo os dejo desayunar en calma. Voy a dar un paseo por el jardín para digerir la presencia de una persona —se excusó Isabel y se levantó.

—¿Puedo acompañarte? Necesito caminar un poco también —propuso Cornelius.

Al resto les desconcertó la abrupta ruptura de la historia que contaba Cornelius y la decisión de salir juntos al jardín sin haber terminado de desayunar.

—Primero te llevaré a ver una obra de arte —dijo Isabel una vez fuera—. También te mostraré los viñedos y luego bajaremos al lago. ¿Has entrado en la capilla de los vitrales?

—Sí, nada en especial, muy pequeña —respondió Cornelius sin entusiasmo.

—Es capilla —replicó ella.

Se adelantó unos pasos y le hizo una señal para que la siguiese. Cruzaron el jardín hasta llegar a la iglesia, cuando entraron se dirigieron hasta la pila bautismal. Cornelius caminó alrededor de la enorme piedra. Isabel lo estudiaba.

—¿Qué te parece? —quiso saber ella—. Su forma es muy sencilla, pero fíjate en la copa y en el trabajo de incrustación de piedras semipreciosas.

—¿Te interesan todas estas cosas de la Iglesia y sus rituales? —indagó él.

—¿Quieres preguntarme si creo en Dios? Creo en el amor

sin ninguna fisura, puedes llamarlo Dios, Universo, Más Allá, como quieras.

—Yo tengo muchas dudas al respecto y más en un Dios que todo lo perdona.

—¿Qué haces aquí? ¿Haces experimentos con Dios por si las moscas?

—No, con Dios, sino conmigo mismo. Pero, en realidad, la causa por la que estoy aquí es que quiero ordenar mis ideas sobre un proyecto en Afganistán y un lugar tranquilo como este me ayuda.

—¿Quieres ir a Afganistán por voluntad propia? ¿Buscas la guerra o la muerte?

—Si supieras todo lo que he hecho y por todo lo que he pasado en mi vida, posiblemente te estremecerías o entenderías quién soy. Ahora lo único que sé es que mi curiosidad aumenta de día en día por saber quién eres tú —reveló esperando una reacción de ella.

—Sí, creo que sería demasiado contarnos cosas, aunque el lugar sería el apropiado para confesarse, ¿cierto? Eres un hombre muy singular, además, tu voz es sensual.

La forma directa de Isabel le gustaba a Cornelius, era una mujer sin dobleces. Salieron de la iglesia. Caminaron hasta la colina de los viñedos y se sentaron en un banco. Cornelius lio un cigarrillo y lo fumó lentamente. Luego, sacó la canica roja del bolsillo del pantalón y jugó con ella entre los dedos unos segundos, después la apretó con el puño.

—¿Es un amuleto?

—Sí.

—¿Cuántos te fumas al día? —preguntó ella.

—Diez, quince, ¿por qué?

—Durante los ejercicios espirituales no puedes fumar.

—Lo sé, haré una desintoxicación.

—Creo que no sabes en lo que te has metido —respondió ella con ironía.

—Tú y Violette no os queréis. Ayer noté la tensión que existe entre vosotras.

—Es cierto. Ella siente envidia hacia las mujeres, los hombres y las parejas de enamorados. No vale la pena hablar de ella. ¿Por qué atraviesas el mundo a pie? ¿Huyes de ti o de alguien? —respondió Isabel con una leve sonrisa.

—Soy un peregrino. Rechazo la sociedad de consumo. Todos los gobernantes son corruptos, están enfermos. La humanidad se destruye. Vivo de la limosna y mi sueño es ayudar a los necesitados.

—Vives de la limosna de la sociedad, dependes de ella, ¿y quieres ayudar a los necesitados? Y tú, ¿quién eres? ¿El sanador de la humanidad? —respondió ella molesta.

—Los ejercicios espirituales son un regalo del hermano Jonathan por si estás interesada en saberlo.

—¿A cambio de qué? ¿Qué pretendes? —inquirió ella.

Cornelius guardó silencio y empezó a jugar nuevamente con la canica entre sus dedos.

—Ya te lo dije, hacer los ejercicios para aclarar algunas dudas para ese proyecto. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Como los pájaros, salí de vuelo, me fracturé un ala, ahora, espero levantar el vuelo otra vez y volar lejos —respondió ella con sequedad.

—Vaya, me imagino que esperas que con esa explicación me quede satisfecho.

—Ahora, sí —cambió el tema inmediatamente—. Hoy tengo pensado ir a Zúrich y pasear a orillas del lago y por la ciudad, ¿quieres venir?

—No tengo dinero.

—Ya lo sé. Tengo un billete para el tren, puedes usarlo, mañana caduca.

—¿A qué hora salimos?

—A la una y media en la escalera de la entrada al monasterio.

—¿Compras el tabaco para tus cigarrillos de la limosna? Porque hoy estás invitado con el dinero de mi trabajo. Ahora tengo que regresar a la Casa Verde y limpiar la escalera.

Al llegar a la soleada y palpitante metrópolis internacional, Isabel y Cornelius caminaron por la *Bahnhofstrasse* hacia el lago. Ella notó las miradas de los que pasaban junto a ellos y pensó que quizá era la indumentaria tan diferente de ambos. Él con botas de montaña y ella con tacones. Los dos rieron hasta que sucedió algo que ella no se esperaba.

—Creo que me estoy enamorando de ti y eso no es bueno para mí —dijo Cornelius.

—Vas muy rápido —respondió Isabel por las palabras de Cornelius y añadió—: Tampoco para mí. No puedes enamorarte de mí.

—Tú sabes que ocurrió en el primer momento en que nos vimos en el comedor, ya es tarde.

—No debes enamorarte de mí —repitió Isabel y sintió un dolor en el pecho, como si esa declaración de amor llevara un mensaje siniestro.

—No me lo puedes prohibir —dijo él.

—Deja las cosas así como están, no trates de moverlas. No puedo explicártelo, no debí de haber...

—¿Quién te maltrató?

—No quiero hablar sobre ese tema.

Apresuró el paso y sintió que las miradas de los peatones se centraban en ellos.

—¡Una pregunta más, Isabel, solo una! —dijo y la tomó de un brazo—. ¿Puedes aceptar mi sinceridad? Tienes que ser justa contigo y conmigo. Yo acepto lo que quieras darme.

—No muevas nada —dijo ella.

—¿Puedes aceptarlo? —le tendió la mano y la miró a los ojos.

Isabel le estrechó la mano. Cornelius alzó la mirada al cielo con una sonrisa sincera, confirmando su triunfo en esa contienda de argumentos. Se sentaron a las orillas del lago y hablaron sobre música, filosofía y el mundo. También le contó que había estudiado matemáticas en una universidad de élite. Cornelius se esforzó por brindarle esa confianza que Isabel necesitaba ganar. Descubrieron que ambos poseían una buena dosis de humor negro. De un periódico olvidado sobre el césped, escogieron una película, *Public Enemies*, con Johnny Depp, y se fueron al cine. Al salir, caminaron por las callejuelas antiguas hasta llegar a *Niederdorf* donde cenaron en uno de los lugares favoritos de Isabel. Era un local viejo con ambiente alternativo en el que relajarse era fácil y el contacto con la gente, también. El camarero la conocía bien, la adulaba y bromeaba con ella. Isabel y Cornelius observaban cómo jóvenes y viejos de todas las esferas sociales se barajaban dentro de una espesa nube de humo y conversaban en competencia con el bullicio del lugar. Era uno de esos sitios obligados para turistas y gente local. Salieron de allí con el ánimo de alargar el tiempo. De camino hacia la estación de trenes, pasaron por la iglesia de *Fraumünster* y pasearon por las orillas del *Limmat*. El tiempo transcurría en medio de sus risas. Aquel panorama romántico en compañía de Cornelius parecía hacerle olvidar, por un momento, su pasado junto a un exmarido violento.

Cuando llegaron al monasterio, se dirigieron hacia el comedor y allí se encontraron con algunos de los huéspedes que estaban charlando. No faltaba el que se atrevía a decir que estaba convencido de haber estado ya muy cerca de la iluminación. Isabel

recordó las observaciones y comparaciones de Violette, que no eran siempre las más agradables, pero sí las más acertadas al describir a esas sombras que deambulaban entre los muros del monasterio con caras de dolor. Isabel y Cornelius se despidieron en el comedor. Ella salió a la oscuridad de la noche y se dirigía a la Casa Verde cuando una voz gritó su nombre:

—¡Isabel! ¡Isabel! —Era Cornelius.

—¡Qué susto me has dado! —dijo ella—. ¿Acostumbras a asustar a los demás de esta forma?

—Gracias por el día de hoy, lo has llenado de color —susurró Cornelius y la besó en la mejilla.

—Me has dado lo mismo. Tengo que irme antes de que... — Ella se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el bosque.

—¿Antes de qué, Isabel? ¡Dios es muy creativo y tú eres parte de su creación! —gritó mientras la figura de Isabel desaparecía entre la oscuridad y los pinos del bosque.

Aquella noche, la voz de Cornelius estuvo sonando en sus oídos durante muchas horas. Él había logrado lo que ella no había podido hacer en mucho tiempo: reír. Pero ese dolor aún estaba ahí, muy dentro de ella.